

EUROPA Y LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Alfonso Dubois

Presidente de HEGOA. Profesor de Ciencias Económicas de la Universidad del País Vasco

Ponencia transcrita

Voy a hacer una reflexión que no pretende ser en absoluto ninguna clase, ni ninguna tesis, sino una reflexión sobre como habría que plantearse la solidaridad y la cooperación al desarrollo desde Europa. En primer lugar, esta reflexión es oportuna porque en este momento coinciden dos hechos: uno, han salido las cifras, los datos todavía provisionales, de lo que había sido la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) para el año 98, y el porcentaje de la ayuda oficial sobre el PNB, la famosa meta del 0,7%, puesto que habíamos topado en el porcentaje más bajo de toda la historia y esa tendencia que venía cayendo desde el año 92, en el año 98 se ha vuelto a reproducir.

En segundo lugar estamos en las negociaciones de Lomé, Europa (la UE) está revisando lo que va a hacer con la cooperación al desarrollo, porque están en revisión sus acuerdos con las antiguas colonias. Estos dos hechos coinciden, y a partir de ellos nos preguntamos qué significan, qué hay detrás de esa tendencia decadente de la ayuda, y qué hay detrás de esta revisión de los acuerdos de Lomé. Evidentemente entre los dos procesos, lo que está pasando a nivel mundial entre los países donantes, y lo que está pasando específicamente en la Unión Europea con Lomé, tiene que haber una conexión, no van a ser dos fenómenos completamente separados. Pero sí cabe que nos preguntemos, ¿hay algo específicamente europeo en el que el comportamiento europeo tenga algo distinto? ¿o tenemos que pensar solamente en la cooperación desde esas grandes líneas de todos los países donantes?.

Aquí hay una parte de la respuesta que podemos hacer: se ha perdido cualquier forma de plantear una cooperación, no digo en el sentido *chauvinista* propia de Europa, pero sí distinta, o estamos abocados a una especie de eso que llamaba Ramonet *pensamiento único*, o al menos de pensamiento muy homogéneo o muy unificador del que ya nadie puede desmarcarse porque los parámetros de como debe ser la solidaridad y la cooperación ya están dados. Cuando digo si cabe también hacer la pregunta ¿desde Europa hay algo propio, hay algo de lo que aún se pueda estirar?, no lo digo solamente por *chauvinismo*, sino porque realmente lo único que sabe la mayoría de Lomé es lo que se ha plasmado: la cooperación de la UE con las antiguas colonias, lo que se ha llamado países ACP (Asia, Caribe y Pacífico) que suponen un grupo de 71 países entre los que están los más pobres.

Realmente los acuerdos de Lomé, desde 1973 y que se han ido renovando cada 5 años, han sido no solamente el buque insignia de la cooperación europea sino que intentaron plantear un modelo de cooperación distinto, por lo menos integral, del que no solamente se dieran recursos sino que hubiera también una concepción de cómo estos países se pueden integrar en el comercio. El comercio formaba parte de la cooperación. En segundo lugar, en este enfoque integral hay que buscar que participen en el comercio. La forma de la relación era más bien una asociación, es decir que había un diálogo, un contrato, los organismos de Lomé eran paritarios

-mitad países comunitarios, mitad países ACP- y funcionaba en cierta manera el diálogo sobre la imposición; otro tema muy importante era una ayuda previsible, no era una especie de lotería cada año de a quien damos y a quien no damos, sino que había también una cierta previsión de la ayuda.

Éste es el sentido de la cooperación comunitaria que podemos, de alguna manera, diferenciarla de la otra vía. Pero no hay que olvidar que en Europa hay también otra cooperación, que algunos la llaman así, que es la cooperación bilateral desde los países. De hecho, los fondos y los recursos que se han gestionado de forma individual por cada país son mucho más importantes de los que se han gestionado de forma comunitaria. Pero la reflexión la voy a hacer en estos dos niveles, Europa está en los dos: está como parte de los países donantes, más aún, los países europeos tanto si miramos el grupo de los G-7 (el grupo de los 7 países más industrializados) como en el CAD (el Comité de Ayuda al Desarrollo que es el club de los países donantes, se ponen sus reglas y establecen sus criterios de cooperación) hay también esta Europa, formando parte de esta corriente internacional de los países donantes. Pero Europa también está en las instancias comunitarias en estos convenios de Lomé en los que al menos históricamente ha habido una forma distinta, yo diría más auténtica en ese sentido, de lo que podemos entender por cooperación de lo que ha sido este planteamiento de los países donantes. De alguna manera, estamos ante una europeización de la ayuda frente a esa homogenización y nos quedan resquicios también para plantear una forma de cooperación que no sea tan homogénea como la que vienen planteando los países desarrollados.

Reflexionar sobre esta cooperación al desarrollo implica también preguntarse, sea tanto la europea propiamente como la global de los países donantes, ¿cómo hacemos, desde dónde pensamos la cooperación? porque creo que a veces se corre el peligro de que si nos centramos demasiado en pensar la cooperación desde ella misma, la separamos del resto, del contexto, del modelo económico, como si fuera un fin en sí mismo y convertimos la cooperación al desarrollo como mucho en las políticas sociales, incluso las ayudas particulares porque no se vehiculan la cooperación con el modelo. Evidentemente creo que hay que partir de una comprensión de la cooperación que sea algo más que una mera política social. Si queremos además entender que es la cooperación al desarrollo, casi hay que analizar simplemente su nombre: cooperación al desarrollo. Tenemos que preguntar ¿pero qué es el desarrollo? ¿estamos claros, hay un consenso? ¿a qué desarrollo estamos cooperando? No se puede hacer cooperación, si le llamamos cooperación al desarrollo, si no nos preguntamos cuáles son hoy esas prioridades que queremos dar al desarrollo.

En segundo lugar, si hablamos de cooperación, estamos hablando de una relación de igualdad, de una relación de asociación, no de una relación de dominio, de jerarquía, ¿estamos realmente estableciendo relaciones de cooperación? ¿qué relación estamos haciendo entre los países que dan y los países que reciben?. Por último, y ya casi la pregunta más central, ¿cómo entendemos el objetivo de esta cooperación? ¿es una exigencia, es una responsabilidad, hay unos derechos o es la simple gratuidad? ¿cómo se enmarca?.

Entonces las tres preguntas: ¿cuáles son los objetivos a los que nosotros creemos que hay que cooperar porque eso es el desarrollo? ¿cómo hacemos la cooperación? y ¿cuál es el vínculo de exigencia con el que la planteamos? Son preguntas claves y si las entendiéramos todos así, lo que estamos diciendo es que la cooperación al desarrollo es una dimensión importante de la propuesta de modelo económico que queremos hacer para nuestro mundo. La cooperación siempre ha jugado en esa tensión, forma parte de la propuesta o es simplemente un elemento añadido al modelo para tapan los desaguizados, o los efectos más nocivos.

Yo planteo, por supuesto, que tiene sentido hablar de cooperación al desarrollo desde estas tres preguntas, siempre que entendamos la cooperación como parte de la propuesta, no toda la propuesta del modelo, pero tiene que estar dentro de esa propuesta.

Por eso, hago una primera reflexión global entendiendo estas tres dimensiones de la cooperación. Si hablamos de las prioridades del desarrollo hay más una dimensión económica, si hablamos de las relaciones entre los países hay más una dimensión política, y si hablamos del contenido último del grado de exigencia o de compromiso con el que planteamos esta cooperación, diría que hay la dimensión de la solidaridad o la dimensión de la justicia. Ya que estamos hablando de esto, de una Europa solidaria, yo empezaría por esta última dimensión.

Algunas referencias de cómo creo que podemos entender de dónde ha de partir la reflexión para poder saber qué tipo de cooperación es el que tenemos delante y el que debemos realizar. A qué nos referimos cuando hablamos de solidaridad. Yo no he asistido a otras sesiones de este ciclo, y quizás ya se ha hablado algo del tema, pero muy brevemente quisiera hacer alguna referencia. Cuando se habla hoy de solidaridad internacional se da la impresión de que realmente está funcionando un esquema de solidaridad en las relaciones internacionales, un código de referencia de valores solidario. Por supuesto no discuto que no haya valores solidarios y que haya acciones y proyectos en los que la gratitud domine, pero lo que no sé es si hay una concepción de que la solidaridad forme parte de la referencia de cómo construir el nuevo escenario.

Tal y como la usamos, incluso nosotros en nuestro lenguaje cotidiano, la palabra solidaridad ha perdido fuerza ya que la solidaridad se siente más que se hace. Se piensa más la solidaridad como un sentimiento que como una obligación. La raíz misma del concepto de solidaridad es una especial vinculación con las personas. Se habla de solidaridad, incluso mirando las definiciones en el diccionario, se es solidario cuando se asume la empresa del otro. Ser solidario es adherirse a la causa del otro, tener una obligación en común. Esto es completamente distinto a tener sentimientos, lo que no quiere decir que no haya que tener sentimientos, pero la solidaridad no puede venir marcada por la subjetividad; implica un compromiso real, un compromiso objetivo, como un fin que no viene marcado por uno sino por el otro. Hay que cambiar la perspectiva de la solidaridad, ya que nos centramos demasiado en nosotros, como la realización de nuestra propia persona, cuando la solidaridad, por definición, es todo lo otro. Nos viene impuesta desde fuera la realidad a la que hay que hacer frente, y según como respondamos a esa realidad, somos o no somos solidarios, si aceptamos o no aceptamos participar en esa empresa que es la del otro, a la cual yo me adhiero y por eso soy solidario. Por eso también, porque nos tenemos que sentir obligados a acudir al otro. Evidentemente, fundamentalmente es por una razón ética. Si no sentimos la dimensión ética a la que nos vemos llamados a responder de esa manera a la realidad que afecta a los otros, no hay nada que hablar. No hay nada que hablar o no tiene sentido.

Después, en otro sentido, la solidaridad no es espontánea. Otra cosa es que uno esté predispuesto a la solidaridad, y ojalá lo estuviéramos todos. Pero la solidaridad no es espontánea sino que ha de ser alimentada y trabajada. No es transparente, nunca la desgracia ajena la vemos desde nosotros, pero verla desde el otro que es lo que significa ser solidario exige algo más que la espontaneidad.

Desde esta perspectiva existen dos características básicas para mí de la solidaridad. Primero es que o tiene contenidos históricos o no es nada. Si tiene contenidos históricos quiere decir

que se define desde la realidad, no desde el sentimiento; que se define frente a las cosas que existen, no es una extracción mental. La solidaridad existe cuando existen situaciones que exigen nuestro comportamiento solidario con los otros. Hablar de la solidaridad implica también que tenemos principios normativos que rigen nuestra conducta, es decir, que actúan por el otro. No solamente eso, sino que a veces -creo que no estoy diciendo cosas bonitas, sino que creo que debe ser el punto de referencia y recapitulándolo, volver a dar fuerza a una palabra que se había perdido- no solamente hay que inscribir la solidaridad con contenidos históricos sino que también con una actitud beligerante. En la solidaridad somos pasivos, esperamos, y es la actitud por la que recibimos siempre las noticias. Nos tienen que decir desde fuera qué hay que hacer desde ésta, si entendemos que parte de una responsabilidad ética y de un concepto del uno por el otro, supone que también hay que saber desentrañar los problemas de los otros. No solamente esperar a que vengan. Nosotros debemos tomar la iniciativa, la solidaridad no es solamente la reacción frente al infortunio y frente a la adversidad, sino que es un estado de preocupación, una referencia ética más global de nuestra vida, una actitud de alerta. Esto es lo que creo que choca bastante con las referencias que normalmente se hacen de la solidaridad.

Por eso digo que parto de un concepto de solidaridad que siente la necesidad de ser un criterio para la construcción de ese escenario y que forma parte de la esperanza histórica de ese mundo que se quiere construir. Aquí también una última referencia, en nuestro contexto actual la solidaridad siempre se concibe como una lógica que, frente a la lógica de la economía, es secundaria. Está claro y es evidente, se admite la lógica de la solidaridad, incluso la solidaridad pequeña o más empobrecida, porque tiene esa legitimidad de la nobleza, pero si tenemos que enfrentar la lógica de la economía con la lógica de la solidaridad está claro, la que triunfa, la que vale, la que legitima, la que funciona es la lógica de la economía. Y cuando la lógica de la economía está en funcionamiento entra la lógica de la solidaridad para tapar aquellas consecuencias negativas que el modelo no puede aceptar.

Creo que éste es el gran cambio que hay que hacer, introducir la lógica de la solidaridad con tanta fuerza como la lógica de la economía. No estamos hablando de una ilusión populista, de que seamos todos solidarios, sino de hasta qué punto hoy deben existir criterios de solidaridad que deben formar parte realmente de las bases del modelo que debe regirse, por supuesto, por una lógica económica.

En resumen, diría que la idea de solidaridad de la que partimos es pactista entre la convicción y el compromiso, con la espontaneidad, la sistematicidad y la continuidad, sobre lo puntual y lo reactivo; los contenidos históricos sobre actitudes y sentimientos; la capacidad transformadora y creativa sobre el mero suplir; y que desde aquí, desde esta pretensión de solidaridad, nos preguntamos qué cabe plantear desde Europa, y qué solidaridad así entendida se plantea desde Europa.

La segunda dimensión que la quería hablar es, dentro de la cooperación al desarrollo, la más política de las relaciones entre los países. ¿Cómo se plantean estas relaciones cuando hablamos de la cooperación? Desde luego, la cooperación no se ha caracterizado por una relación de igualdad y de colaboración mutua. La misma idea cuando hablamos de cooperación, y que seguimos utilizando en nuestro lenguaje es de donante y receptor, el que da y el que recibe. Simplemente en esa formulación estamos diciendo que el que da es porque quiere, no hay en esa relación ninguna referencia de obligatoriedad y, es más, hay un referencia de imposición porque el que da es porque quiere, es su voluntad de dar, y el otro recibe. La idea de esfuerzo común o conjunto es muy débil, por no decir nula. La relación de

cooperación solo surge cuando la voluntad, en ese sentido una voluntad incontrolable, una voluntad graciosa del donante, da.

Tengamos en cuenta que esto ha sido históricamente así, sin que hayan cambiado mucho las tintas, pero va a ser importante para entender porque hoy se da la crisis de la cooperación al desarrollo. ¿Por qué da el donante? ¿Qué razones tiene el donante para dar? Sobre esto habría que hacer un estudio histórico, pero creo que no es muy exagerado decir que en el caso de los EE.UU. es evidente que los motivos de las ayudas al desarrollo fueron condicionadas absolutamente por la bipolaridad del mundo. A través de la ayuda al desarrollo se convirtió en un instrumento de su política exterior. Hasta el año pasado, luego lo comentaremos brevemente, el país receptor más importante por habitante de los EE.UU. es Israel, hasta que por fin el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) les ha dicho que no, que las donaciones a Israel las quite de la cooperación al desarrollo, que las ponga de otra manera, pero que ya no encajan dentro del concepto de cooperación al desarrollo. Pero eso era así.

Aquí, supongo que todos conocen, o al menos la mayoría han tenido una relación con Centroamérica o una vinculación muy especial con Centroamérica. Era muy claro el comportamiento de la ayuda al desarrollo de los norteamericanos con Centroamérica. Cuando estaban los sandinistas en el poder, al año siguiente se multiplicó por cinco la ayuda al Salvador y por cuatro la ayuda a Honduras. Al año siguiente de caer los sandinistas, disminuyó las ayudas al Salvador y la ayuda a Honduras en una cuarta parte.

¿Por qué esa relación receptor-donante no está controlada por nadie? En Europa no siempre ha sido así, no es eso de que los americanos son los malos y nosotros somos los buenos, pero de hecho históricamente la motivación europea, también política no fue distinta, la vinculación con las antiguas colonias, un sentimiento de responsabilidad histórica con lo que había sido la colonia y la evidencia de que los países no podían funcionar por sí mismos llegó hasta establecer unas relaciones de cooperación. Pero en todo caso, esa dimensión política en la forma de entender la relación tuvo un peso sustancial.

Hoy en día, creo que hemos de ser muy conscientes de como ha ido evolucionando esa relación entre los países. En esta relación de donación. Siempre que alguien da algo a otro, el hecho de que ponga ciertas condiciones parece evidente, e incluso es hasta legítimo para que ese dinero y esos recursos se utilicen de forma adecuada. Cierta condicionalidad de la ayuda parece que no está mal. El problema es cómo ha ido evolucionando esa condicionalidad.

En los primeros tiempos, los años 50 y 60, aunque hubiera esta dimensión de intereses políticos, por lo menos la ayuda al desarrollo quedaba muy marcada por lo que se pretendía. Si el proyecto era beneficiario, si iba dirigido a comunidades rurales, o se establecía la prioridad de la aceptación popular, o de la salud, o de lo que fuera. Pero también había una condicionalidad cuando se determinaba que era lo más importante, si ayudaba a la educación, o ayudaba a la salud, o a la construcción de fábricas. Pero, en ese sentido, era más limpia la relación. Se complica más esta relación de donación cuando se implica otro tipo de condicionalidad. Sobre todo condicionalidades económicas donde se da dinero, pero no para que se hicieran determinadas cosas, sino que para que los países cambiaran sus políticas económicas. Esto que se llamaba la condicionalidad iniciada por el Fondo Monetario y por el Banco Mundial, que luego pasó a todos los países donantes, y entre ellos los europeos. A que la donación se daba a condición de que los países acomodaran sus políticas económicas, cambiaran sus políticas económicas. Esto ha sido una práctica, sobretudo en los años 80, en la que se ha vuelto a viciar la relación de cooperación, que ha quedado marcada también por

entender que el donante puede injerir en la forma en que los países receptores tienen que desarrollar sus políticas económicas, porque eso es lo que les va a llevar al desarrollo.

Nosotros, al imponerles esas reformas económicas, al decirles “tienes que hacer estas reformas en tu país” les estamos diciendo cual es el mejor camino para conseguir el desarrollo y por eso les damos la ayuda. Evidentemente es un esquema muy distinto al anterior. Hay una condicionalidad que supone entrometerse en los otros países. Más aún, este esquema de condicionalidad, se complica más en los años 80 y a principios de los 90, cuando además de estas exigencias de que hay ciertas condiciones de política económica se aplican también condiciones estrictas de política. En concreto lo que se llama la *triada de la condicionalidad* de los países europeos: un buen gobierno, democracia y el respeto de los derechos humanos. Cosas que en principio no parecieran mal, que se pudiera imponer cosas que en principio parecieran buenas: que haya más democracia, más derechos humanos y buen gobierno. El problema es cuando la imposición de este sentido de la democracia, de los derechos humanos y del buen gobierno más que en sí mismas, es porque se considera que esas cosas son necesarias para que las reformas económicas anteriores se costeen. Es decir, que va en un todo integrado. Vamos complicando más el paquete de las exigencias de las ayudas porque todo eso es necesario para conformar un nuevo modelo.

Los objetivos de derechos humanos, de democracia y de buen gobierno están muy unidos a que funcione el anterior paquete de las reformas económicas. No hay que decir que el resultado de todo esto, cuando se produce esta homogenización de la cooperación al desarrollo, lleve a estandarizar los comportamientos y a imponer una determinada forma de entender el desarrollo. Se impone un objetivo y se impone el camino para llegar a ese objetivo.

Con eso no quiero decir que evidentemente no haya aspectos que sean positivos o necesarios. Es verdad que se han justificado muchas veces estas intervenciones sobre derechos humanos, democracia y buen gobierno porque en el África del Sur, por ejemplo, había gobiernos corruptos que no manejaban bien la cooperación. Declaradamente había regímenes que no respetaban los derechos humanos, despóticos que no admitían la democracia. Pero también es verdad que muchos de estos gobiernos despóticos, dictatoriales y que no respetaban los derechos humanos durante mucho tiempo habían sido los aliados de los gobiernos donantes porque estaban con el sector moderno y el sector con más peso en la economía de esos países, y fueron aliados. El ejemplo más claro es el de Mobutu en Zaire. Cómo podemos hablar de la condicionalidad de los derechos humanos, de democracia y de buen gobierno cuando Mobutu fue mantenido y contra todas las normas del Fondo Monetario Internacional (FMI) se le fue asignando cada vez más créditos. Como saben la deuda externa del Zaire al final curiosamente coincidía con la fortuna personal de Mobutu en el exterior.

La inconsecuencia que además se manifiesta de otra forma. Está demostrado que las condicionalidades cuando se imponen no son eficaces. Mucho más que la condicionalidad de la ayuda es consensuar los objetivos, porque cuando castigamos a un país porque no cumple con los derechos humanos, parece que le quitamos la idea, el país padece más que cualquier otro y necesita que le sigamos apoyando para conseguir que tenga derechos humanos, y que se potencien los derechos humanos. Hay, no solamente inconsecuencia entre lo que el donante hace, sino que también hay inconsecuencia en la propia medida. Aunque lo hemos visto muy rápidamente, es importante que entendamos que esta práctica de la dimensión de la condicionalidad en la cooperación al desarrollo ha caracterizado en estos últimos años y está hoy así. Incluso más, leyendo un informe de uno de los países europeos que tiene una posición más progresista y un compromiso mayor con la cooperación, como son los Países Bajos, y

todavía se sigue insistiendo en la necesidad de que para asegurar que la ayuda a la cooperación funcione hay que aumentar todavía más los criterios de selección de los países receptores y los criterios en los que estos países cumplen con la democracia, los derechos humanos, y el buen gobierno. El problema es que evidentemente estas condiciones se van sumando unas a otras y la condicionalidad va marcando además una situación de dependencia.

Por último, la tercera dimensión de la cooperación al desarrollo, es la pregunta de ¿qué desarrollo? ¿hay un consenso? ¿cuáles son los objetivos que vamos a establecer para el desarrollo? El tema del desarrollo es, como saben, uno de los temas que ha marcado estos últimos 40 o 50 años el debate sobre qué es el desarrollo. No voy a entrar en eso porque lo encuentro muy complicado, pero sí que voy a decir una cosa: cuando se inicia la cooperación al desarrollo, realmente la visión que se tiene del desarrollo es la visión del norte, la visión de occidente. Es la visión que sobre todo se tiene en los años 60, que se vive un desaforado optimismo por el desarrollo económico, la edad de oro. La verdad es que desde 1950 a 1973, en esos 25 años, los países occidentales crecen de una manera como nunca lo habían hecho. Descubrimos el consumo de masas y, como decía hasta el Premio Nobel Samuelsen: "somos de la economía como la ciencia del alegre futuro", se piensa que se ha vencido casi a la escasez.

Esta concepción del desarrollo y del crecimiento, de alguna forma se hizo creer a los países en desarrollo que eso era así, que eso iba a funcionar, que el crecimiento por sí mismo iba a traer el desarrollo. La idea de que cuanto más crezcamos económicamente va haber también, por ese ejemplo de la cascada (que cuanto mayor es la cascada más dispersa y separa el agua, y cuanto mayor sea el chorro de la cascada, antes se llenará la fosa), habrá un efecto de dispersión. La realidad ha demostrado que eso no ha sido así.

Volviendo a Centroamérica vemos los casos más significativos de cómo no funcionó esta visión del desarrollo. Centroamérica también creció en estos años, desde el año 50 hasta el año 75, durante un cuarto de siglo, con aquella experiencia del Mercado Común Centroamericano. Centroamérica creció con un promedio anual del 6%. Es decir, un crecimiento que luego sólo fue superado por los tigres asiáticos. Después de 25 años de crecer al 6% de promedio anual, de multiplicar el PIB per cápita, los estudios que hizo la CEPAL (la Comisión Económica para América Latina) de la pobreza en Centroamérica, no solamente demostró que había más pobres que antes sino que además, el porcentaje de la pobreza había aumentado en Centroamérica en el año 75, en comparación con el año 50. El crecimiento económico no traía desarrollo.

Esta percepción de que la realidad respondía con tozudez a una profecía que no se cumplía es la que llegó a los propios países en desarrollo a reformular las teorías. Es decir, no nos sirve que nos traigan las prioridades desde fuera y que tengamos nosotros que reproducirlas. Quiero decir que los países en desarrollo contestaron, criticaron, protestaron de cuáles eran las prioridades que les venían dando para el desarrollo. Lo que pasó es que en aquellos tiempos existía una expresión política de los intereses de los países en desarrollo que se plasmó sobre todo en el Movimiento de los Países No Alineados, que planteaban la necesidad de crear un espacio donde realmente el desarrollo real de los pueblos fuera de su prioridad. Esto debía ser el objetivo central denunciado, que los acuerdos y los arreglos entre los países industrializados a través de los acuerdos famosos de Bretton Woods, y todo ese orden económico internacional que funcionaba no permitía el desarrollo, había que cambiarlo. Es lo que luego va a dar el

NOEI, el Nuevo Orden Económico Internacional, que permitía que hubiera oportunidades para los países pobres para que dejaran de serlo, para que pudieran participar.

Realmente, el Nuevo Orden Económico Internacional fue una propuesta mágica. Más pragmática que práctica, pero más programática que práctica. Desgraciadamente no se llevó a cabo, pero nos es importante entenderlo porque justo en aquellos momentos en que los países en desarrollo fueron capaces de tener su portavoz, de establecer su estrategia de actuación en los foros multinacionales, fue la única vez que realmente se habló de cooperación al desarrollo en el sentido de diálogo. Se habló de diálogo Norte-Sur, se habló de que tenía que haber un compromiso, es entonces cuando se acuerda el 0,7. Era una tímida forma de comenzar a entender que la cooperación, la solidaridad, no era un acto donable, graciable, incontrolable, se habían de establecer unas mínimas obligaciones de distribución. Evidentemente, la resolución de Naciones Unidas no podía ser vinculante, pero venía a decir que tenemos que pensar de otra manera la solidaridad. Es lo curioso, lo curioso no, sino que lo coherente con esto, que el foro de Naciones Unidas donde los países en desarrollo tuvieron más voz fue en la UNCTAD (la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Desarrollo y el Comercio). El grito o el slogan de los países en desarrollo fue entonces: *“Comercio sí, ayuda no”*. La prioridad en la ayuda al desarrollo está en cambiar las reglas del juego. Necesitamos más, un nuevo marco regulatorio, un nuevo espacio de productividad que fondos sin más, que no sabemos muy bien a donde van. Los necesitamos, por supuesto, pero la prioridad está en otro lado.

No es una casualidad también que en este contexto, de los años 70, nace Lomé. Nacen los acuerdos de cooperación de Lomé, y nace el único instrumento de cooperación, insisto por la referencia europea, que entiende que la solidaridad ha de ser programable, que la solidaridad tiene que ser entendida como un contrato y que la solidaridad es algo más que dar recursos.

Duró poco, el mundo siguió cambiando y realmente el nuevo paradigma del desarrollo: el neoliberalismo que ya conocen; no solamente cambia de nuevo el contexto, sino que además se impone. Si se impone, a pesar de que hay muchos factores que cambian en el mundo, es porque se pierde la coherencia de los países en desarrollo; se rompen los pocos lazos que había entonces que permitían esa expresión colectiva de los intereses; y otro hecho que no es una casualidad, cuando en los países –sobre todo los latinoamericanos- se ven abocados a la crisis de la deuda externa y necesitan urgentemente nuevos recursos, nuevos fondos para poder seguir viviendo, la condición fue también esa: ahora usted tiene que cambiar sus objetivos para el desarrollo, sus prioridades para el desarrollo, y eso se está haciendo de forma bilateral uno a uno.

El interés que mostró el Banco Mundial y el Fondo Monetario, de una forma obsesiva, para evitar que hubiera el mínimo fórum multilateral de países endeudados para resolver el problema de la deuda de forma colectiva, fue fantástico. La diplomacia norteamericana y la diplomacia del Fondo Monetario para evitar que hubiera cualquier foro que plasmara los intereses colectivos fue una forma de romper con lo que habían sido hasta entonces las formas de ayuda.

Junto a eso está esta visión nueva que rompe con el antiguo concepto de desarrollo, el neoliberalismo, que ya lo asumo porque lo conocen todos, esta visión del mercado como la gran institución, el sector privado como el motor básico, el Estado reduciendo su papel y la inserción internacional en una liberalización de los mercados. Esto plantea en un primer momento la globalización, el mundo empieza a tener una economía cada vez más interdependiente, pero se unen las dos cosas y esto es importante. Hay una propuesta de que

el desarrollo y la economía se diluyen en esta nueva visión del mundo como un mercado único donde ya todos participamos y todos tenemos que participar, y este es el único objetivo que nos queda. Hay una visión de la globalización desde esta visión neoliberal y esto debe quedar muy claro. Una cosa es que el mundo sea cada vez más interdependiente y otra cosa es que se nos ofrezca *una* determinada visión de como hay de entender esa interdependencia.

Otro punto, muy rápido para ir planteando los puntos de esta reflexión. En esta nueva hegemonía, cuáles son las prioridades del desarrollo en este nuevo marco de la globalización tal y como se entiende, junto con la desaparición del bloque socialista, hace que cambie la cooperación. Si la cooperación antes decíamos, en el caso de los EE.UU., la motivación era atender a las necesidades de sus países aliados frente a la amenaza del bloque socialista. Cuando decae el bloque socialista pierde sentido la ayuda al desarrollo. De hecho, desde el año 91, la ayuda oficial al desarrollo de los EE.UU. ha ido disminuyendo progresivamente, y como luego veremos, es el país que destina menos -porcentualmente- en ayuda al desarrollo e incluso es el país que públicamente, la Comisión de Asuntos Externos del Senado, se dice abiertamente que hay que suspender la ayuda porque ya no tiene sentido. La ayuda ha perdido sentido porque el móvil que se tenía para esa concesión imaginaria ya no existe que era la dimensión política del bloque medio.

En el caso europeo, evidentemente, mantener una motivación solamente por mantener una relación con las antiguas colonias cada vez tiene menos fuerza. Esto se ha visto en la última negociación de Lomé en el año 1995: había que volver a poner fondos, la anterior reposición de fondos había sido en el año 1990, todavía no estaba claro si iba a caer el muro; y en el año 1995, primera reposición de fondos europeos por primera vez en la historia de Lomé, los países europeos comienzan a escatimar fondos y a duras penas se logran mantener las reposiciones de la negociación anterior. Empieza ya claramente un descenso de la motivación de la ayuda.

Pero no solamente eso, sino que esta visión de la globalización desde la perspectiva neoliberal ataca más a fondo a la razón de ser de la cooperación porque se pone hasta en cuestión que los propios países en desarrollo necesiten alguna consideración especial. Por qué hemos de tener un trato especial si es el mercado y la liberalización del mercado el instrumento que va a dar más fuerza a la economía, a lo mejor hasta a la cooperación al desarrollo. No sólo no tiene sentido, sino que es perjudicial. Si damos donaciones, si damos subvenciones estamos retrasando que estos países se inserten en la economía mundial porque estamos impidiendo que se produzca la competitividad mundial. La única forma de lograr el desarrollo se encuentra, según esta visión, en aceptar ese hecho del nuevo mercado global y que la exigencia de nuestro tiempo pase porque todos, si quieren ser algo en el mundo, si quieren ser un país desarrollado acepten las nuevas reglas del juego. Por eso la cooperación al desarrollo, si todavía se le puede llamar así, para un concepto neoliberal del mismo no sería otra que la cooperación a insertar a los países en ese neoliberalismo global.

Y saber que estas ideas son ideas muy prácticas, que no solamente están funcionando en las mentes, sino que se convierten en políticas. Es curioso que haya muchos informes de las organizaciones multilaterales, pero suele haber pocos informes programáticos. Como si ninguna institución internacional se atreviera a publicar lo que pienso de manera estratégica de aquí a diez, a quince o a veinte años. Pues la OCDE (la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) es el club de los países ricos. No sé si son 29 o 30 países que están además de los de siempre: Europa Occidental, EE.UU., Australia, Japón, últimamente desde el año 91 han entrado México, Corea del Sur, República Checa, Hungría y Polonia. El año pasado

hizo un informe que se llamaba algo así: Hacia una nueva era global, en el que intentaba plantear su visión del mundo desde los países ricos. Es un informe que tiene una perspectiva hacia el año 2020, qué va a pasar y cuál debe ser nuestra visión del escenario del mundo de aquí al 2020; y repito que es un tipo de documento que no se suele prodigar demasiado.

Es un escenario decididamente optimista, llamado ya nueva edad global de la economía mundial. La globalización se percibe como una ventana abierta de nuevas oportunidades. Ahora los países OCDE, los países ricos, y los países no OCDE, los países no ricos o menos ricos, crecen de manera conjunta. Se establecen entre ellos lazos más estrechos que para todos son beneficiosos y promueven el crecimiento económico mundial. Por tanto, ¿por qué vamos a hacer ayuda al desarrollo con este escenario? Si realmente se da esta globalización en todos los países que hacen lo que tienen que hacer van a ver una ventana de oportunidades. Será una coincidencia histórica de intereses entre los dos grupos, aunque habría que preguntarles a los países no OCDE si también ellos creen que hay esta coincidencia. Pero lo que sí quiero que veamos es como desde esta visión un tanto optimista, que recuerda también a los años 50 o 60 y que se vuelve a reproducir ahora desde los países ricos, la cooperación al desarrollo no tiene sentido. Plantea un escenario en el que no hay un pronóstico sino una probabilidad real de qué ocurrirá en el año 2020 si los gobiernos realmente hacen lo que tienen que hacer: liberalizar el mercado, etc.

Descenderá el desempleo y habrá una prosperidad mayor especialmente en el mundo de los países no ricos. Mientras que la renta per cápita de los países ricos crecerá un 80%, en los países no ricos crecerá el 280%, es decir crecerá tres veces más en los países no ricos. Se producirá un gran cambio en la estructura económica mundial, en los países no ricos, en los países no OCDE, que pasarán de representar el 40% del PNB mundial en el año 95 al 60%, etc.

Evidentemente yo creo que el comentario es claro: esta nueva visión de equiparar crecimiento con desarrollo, no es real. Preguntaríamos al año de hacer este informe, si consideraba que la categoría que ponía a los cinco países grandes, que se piensa que van a jugar un gran papel en la economía mundial, Rusia, Brasil, China, Indonesia e India, es real. Recuerdo que en Indonesia, uno de los cinco grandes, justo a los pocos meses de salir este informe viene la crisis asiática. Indonesia en el año 98 (según el PNUD) tenía un 60% de población pobre y pensaban que para finales del 99 ese proceso de empobrecimiento de la población iba a continuar y se esperaba que a finales del 99 se iba a llegar a un 70% de población pobre. En Indonesia, que en 1996 se le consideraba como uno de estos cinco países grandes, y uno de los países del sudeste asiático que estaba experimentando mejores expectativas de crecimiento económico. Igual que Rusia, que en estos dos últimos años la situación no ha ido sino que empeorando, y como en Brasil, con la crisis que se ha declarado ahora.

Esa volatilidad de la economía afecta sobre todo a los países más vulnerables, y los países más vulnerables son, curiosamente, los que están más en la cresta de la ola y los que caen más rápidamente: Indonesia, Brasil o Rusia.

El volver a pensar también algo que ya en la historia en los años 70 los países en desarrollo denunciaron, que no es verdad que el desarrollo es un proceso lineal, no son etapas que se van cumpliendo, no es verdad que los países en desarrollo van a ir alcanzando sin más ni más a los países desarrollados. Tiene que haber una política específica que rompa los obstáculos y las deficiencias que encuentran los países en desarrollo para llegar a formar parte de esa comunidad; no es una política igual para todos la que va a funcionar. Yo diría que esta división

del mundo entre países OCDE y no OCDE, es no tener en cuenta hoy la realidad de nuestro mundo. Nuestro mundo es mucho más complejo.

Frente a los países ricos hay en la humanidad una gama impresionante. Así como podríamos tener una imagen en los años 50 de un Norte y Sur perfectamente conformados, hoy no es así. Hoy es más bien la imagen de una goma que se estira, que se va estirando cada vez más. Los países se ordenan de más a menos, pero no hay una ruptura. Lo que pasa es que los que están a un extremo de la goma, y continúan estirando, están cada vez más lejos de los otros. El mundo es cada vez más desigual, pero no con rupturas bruscas. Hay una elasticidad que se estira continuamente, no podemos decir que haya países OCDE y no OCDE. No se puede comparar los casos de Haití o Mozambique con el de Chile. No tiene nada que ver.

No podemos ver qué está pasando con una región que está llamada, teóricamente a desaparecer, el África Subsahariana, con los índices de la pobreza que siguen aumentando; e incluso América Latina, a pesar de todo. Pero incluso cuando están hablando de estos cinco grandes países: Brasil, Rusia, China, India,... vemos que aumenta la renta per cápita, pero ¿cuáles son los países más desiguales del mundo? hasta ahora era Brasil el más desigual del mundo. Hoy es China. Las diferencias que se dan entre las zonas desarrolladas de la costa del Pacífico y las zonas del interior, la hacen el país más desigual del mundo. Estas clasificaciones no valen, no nos importan los Estados, nos importan las personas. ¿A quién le importa que de China se diga que se está desarrollando si el 70% de la población sigue igual o peor que antes, y lo mismo pasa en India, y lo mismo pasa en Rusia, y lo mismo pasa en Brasil?. Preocupación por hacer esas categorías analíticas que pueden quedar muy bonitas, pero que esconden la profundidad de una situación que no se acaba de resolver.

Ésta es la visión de la OCDE, visión de la cooperación delimitada porque se dará por sí misma. No es un pronóstico, es una posibilidad real de que esto ocurra. Y para que esto ocurra los países han de seguir esta pauta. Solución: apliquemos la condicionalidad que veíamos antes al máximo. Ésa será la forma de que alcancen el desarrollo.

Pero dentro de la OCDE hay otra institución que se llama el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD), que dentro del club de los países ricos es el club de los países donantes, que se agrupan para no hacer trampas entre ellos. Al gobierno español, en la última revisión, le han dado un aprobado, pero en la anterior revisión le dieron un batacazo fenomenal porque estaba metiendo dentro de la cooperación cosas que no son cooperación. Para que sea cooperación debe haber un grado de donación, un grado de liberalidad que no estaban cumpliendo. El CAD asume esa función, de criticar las políticas de los países para que nadie juegue con desventaja, pero también para establecer una estrategia.

Es curioso que en el año 96, que se publicó en el informe del año 97, el CAD publicó un documento que no es improvisación, que conformaba y elaboraba una reestructuración del siglo XXI. ¿Cuál va a ser la cooperación al desarrollo que pensamos para el siglo XXI? Es una convergencia de todos los países, los países sobre todo europeos, pero también están como observadores el FMI, el Banco Mundial y el PNUD. Lo que es curioso es que se ha producido un fenómeno de convergencia entre la visión del Banco Mundial, del FMI, y la visión del CAD. En ese sentido, el panorama de esta homogenización de la visión se manifiesta con toda su crudeza en este informe del Comité de Ayuda al Desarrollo del año 97.

Tiene una ventaja, y eso es cierto, y es que por primera vez la cooperación al desarrollo se plantea objetivos concretos. ¿Qué tenemos que hacer como cooperación al desarrollo para el

siglo XXI? Básicamente, sobre el bienestar económico, hay que reducir a la mitad el porcentaje del número de pobres para el año 2015; en cuanto al desarrollo social, ascender la educación primaria, eliminar la disparidad de género en la educación primaria, reducir la mortalidad de niños. Hay cuatro o cinco objetivos muy claros. Esto lo podemos conseguir en el 2015. Esto es una ventaja, pero analicemos brevemente algunas de las debilidades de este informe: en primer lugar las motivaciones. Es curioso porque el propio informe del Comité de Ayuda al Desarrollo dice por qué debemos ayudar. Tampoco lo ve tan claro porque había ya ese documento de la OCDE, del que forman parte y, si la globalización del mundo va a traer el desarrollo, ¿por qué tenemos que cooperar para el desarrollo? Es curioso porque dice textualmente: *“Hay un imperativo moral fuerte de los países desarrollados hacia la pobreza extrema y el sufrimiento humano”*. La ayuda al desarrollo queda limitada en sus grandes objetivos a evitar que la gente muera. La expresión *pobreza extrema* en lenguaje internacional, o aún mejor, cuando el CAD dice que van a eliminar el porcentaje de pobreza, la definición de pobreza que aplican es la del Banco Mundial: *“1\$ persona/día”*. Es decir, la persona -y esto medido por una fórmula que se llama PPA que intenta equiparar las monedas de los países sin que haya problemas por el tipo de cambio, etc.- que en un país tiene menos de 150 pts. al día es pobre. Pero si conseguimos que tenga 155 ya no es pobre.

Fíjense que en teoría las 150 Ptas. que se calculan no es lo mismo que nos supone a nosotros para nuestro nivel de vida aquí 150 Ptas. que en el Chad, o en Zaire. Claro, el objetivo no está mal, pero ¿es esto un objetivo en la cooperación al desarrollo?, ¿simplemente conseguir que las personas tengan 155 Ptas. al día? La pregunta es ¿y con esto comen los pobres?. Pero incluso cuando dice cuál es nuestra motivación, dice que es hacia la pobreza extrema. Pues la pobreza extrema todavía es menos. En el cálculo del Banco Mundial la pobreza “normal” es 1\$/día (unos 370 \$ al año), pues la extrema es menos. Si tomamos la referencia de la pobreza de la India, es 260 \$.

Solamente como países desarrollados nos sentimos impelidos a hacer una donación, de alguna manera exigida, cuando la gente se muere de hambre. Este es el resultado, y además no hay ninguna corresponsabilidad. Me quedo aquí, en este tema, pero habría mucho más que revisar. Además de plantear estos objetivos, curiosamente, el CAD no insiste en el compromiso para alcanzar dichos objetivos. ¿Cuáles son los recursos que tenemos que dar? Evidentemente aquí tampoco se plantea ningún objetivo global, ninguna consideración de otro tipo.

Por eso no resulta extraño que las actuaciones de la cooperación para el desarrollo en los últimos años sean así de débiles. Les decía antes que el último informe de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) de los países ricos es que en el año 98 se ha descendido al 0,22% del PNB, el porcentaje más bajo de toda la historia, y es una tendencia claramente constatable. Desde el año 92 no ha hecho más que bajar, y repito que desde que se hacen estadísticas fiables es el punto más bajo. No solamente eso sino que, salvo algunos países nórdicos -que son un ejemplo en este sentido- que mantienen una ayuda superior al 0,7%, e incluso llegan hasta el 1%, los países que más han bajado son los países líderes. Esto tiene un efecto negativo de legitimidad. La ayuda del grupo de los 7 países más ricos ha caído en los últimos 5 años un 29% en términos generales. En términos reales ha caído una cuarta parte y, como decía, EE.UU. dando ejemplo ha bajado hasta un 0,09%.

Pero los recursos no es lo más importante, aunque ya refleja el sentido de responsabilidad con que se asume la cooperación; sino que también ayuda a establecer los marcos regulatorios, las reglas del juego, por ejemplo la deuda externa. Está costando mucho y todavía no se ha resuelto el problema de la deuda de países africanos que todo el mundo reconoce que no

tienen ninguna capacidad de pagar esa deuda. Además, la mayoría de estos países ha salido de conflictos militares, y hay la pinza de que la deuda de los organismos multilaterales, FMI, BM, por principio no se puede condonar, no se puede perdonar. Pero estos países no la pueden pagar, y si además no reciben ayudas del FMI o del BM, no tienen otra forma de sobrevivir. Y esto es una situación angustiosa en 11 países. Es un asunto que puede costar 25.000 millones de dólares, pero como sabemos, cuando se trata de rescatar a Corea del Sur, a Indonesia, a Brasil, a Rusia, ahí no hay problemas para encontrar miles de millones de dólares para solucionar esos problemas. No hay una voluntad política.

El otro ejemplo es el del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), cuando se han querido establecer unas reglas para regular las inversiones externas. Fue de tal calibre el ir a favor de los países desarrollados, que cuando hubo la denuncia internacional de que eso no podía ser, les dio vergüenza y lo guardaron porque realmente era insostenible que al final del siglo XX se pusieran unas condiciones que fueran tan perjudiciales para los países en desarrollo.

En esto se inscribe también Lomé. Es el acuerdo más emblemático de toda la Comunidad Europea de cómo concebir la cooperación al desarrollo. Muy brevemente, se le ha achacado a Lomé que no ha funcionado, se le han planteado todos los puntos críticos y entonces la fase de moda es de fatiga de cooperación, nos hemos cansado de cooperar porque esto no sirve de nada. Hemos hecho un esfuerzo de entregar unos recursos, pero al final esos países siguen igual que antes, no hay nada que hacer. De hecho este año 99 va a ser un año decisivo para la negociación de Lomé. El año pasado la UE sacó el *Libro Verde*, que era la base de la negociación, y claramente hay una confrontación entre los intereses de los países en desarrollo y las propuestas europeas que claramente quieren cambiar. Yo creo que por lo menos estos principios que forman el núcleo de Lomé, incluso reconociendo todos los fallos -que realmente los ha tenido- hay que mantener la causa: seguir manteniendo que la cooperación ha de basarse en un contrato y no en un acto incontrolable, que la cooperación ha de ser algo previsible, que podamos establecer a 4 o 5 años los fondos que se van a recibir, que la gestión sea hecha por órganos colegiados, que en la cooperación al desarrollo haya algo más que dinero, que haya un cambio de las reglas del juego, que se mantengan algunos acuerdos comerciales, ... con todos los problemas, con todos los cambios que se tengan que hacer, pero si realmente Europa, la UE, no da la talla en la renegociación de los acuerdos de Lomé manteniendo, y se sigue planteando la tesis del abandono, sería prácticamente un golpe de gracia para el tema de la cooperación.

Pasando a mi conclusión, ¿se puede decir con esto que se ha acabado la cooperación al desarrollo? Yo creo que no, lo que pasa es que hay que plantearlo con bases nuevas. Nadie pone en duda la importancia de los cambios que han ocurrido en el mundo y que están ocurriendo, obligan a pensar de otra forma cómo debe ser esa cooperación. Pero si tenemos que hacer una clara denuncia desde esas referencias que daba antes de solidaridad entendida así, de una dimensión, de una relación de asociación, la gran denuncia es concebir al mercado como la base de la interdependencia. Eso supone en estos momentos una asimetría total para aplicar los supuestos de partida de unos y otros.

Cualquier país nuestro, por muy capitalista y muy liberal que se afirme, y aunque diga que el mercado es la institución que articula la economía, la verdad es que hay una serie de acuerdos, muchas veces no escritos, que establecen muchas dimensiones de la vida que no se ponen en manos del mercado. Se presupone que nosotros tenemos instituciones, valores, actitudes, prioridades que forman parte de nuestra forma de vida, de nuestra concepción de lo que debe ser la convivencia y el ser humano, que están por supuesto por encima de otros intereses y

valores como la rentabilidad y la eficiencia. Y de alguna manera, esto que hemos llamado el modelo social europeo es un ejemplo de como articulamos las exigencias del mercado pero con condiciones nuestras, que hacen que pensemos que nuestro modelo de convivencia es mejor que el de EE.UU. o el de Japón por ejemplo. Cuando se nos dice que en EE.UU. hay menos paro, nosotros decimos que preferimos tener más tasa de paro pero asegurar ciertas prestaciones sociales.

La gran denuncia es que este modelo de desarrollo, tal y como se entiende en esta perspectiva que veníamos diciendo antes de la globalización, no respeta en las sociedades de la mayoría de los países pobres sus valores y su derecho a optar por diferentes ritmos, por diferentes prioridades, y por diferentes procesos. Más aún, en ese mercado global que se quiere plantear no existen los controles, ni formales ni informales, imprescindibles para que funcione el mercado como institución. Sin esos controles las personas no pintan nada porque las personas no existen para el mercado. Para el mercado existen demandantes y oferentes. Y no demanda la persona, demanda quien tiene un título, el que tiene un dinero. Los 700.000 refugiados de Rwanda eran necesitados. Pero el mercado es insensible a las necesidades porque los 700.000 refugiados de Rwanda no podían ir al mercado. Si para estas 700.000 personas no hay otras instituciones que entiendan por qué hay que acudir a ellas, el mercado lógicamente no lo va a hacer, porque tampoco es su papel.

Si la lógica del mercado domina el escenario mundial, entonces difícilmente será posible avanzar en el desarrollo de algunos países porque no tendremos las instituciones que pongan control. Entonces, cuál es la primera gran propuesta de la ayuda a la cooperación al desarrollo: construir ese marco institucional que permita la expresión de los intereses y de las opciones de los pueblos, que asegure el respeto de los valores fundamentales de las personas, que potencie la creación de sociedades organizadas donde las personas se expresen y participen, que busquen fórmulas nuevas de instituciones supranacionales. Aquí es donde la cooperación al desarrollo encuentra todo su sentido y toda su razón de ser. Pienso que esta forma de entender la cooperación encuentra también en el caso de Europa la posibilidad de europeizar la idea y desde ahí hacer algo. Si queremos replantear desde Europa la cooperación, debemos tener presente las tres dimensiones que antes decía: cuáles queremos que sean los objetivos del desarrollo, cómo queremos que sea la reacción de los países en la dimensión política (una participación, una asociación); y cómo entendemos el concepto de solidaridad como un concepto de exigencia y de justicia.

Como última idea, no estoy afirmando que la cooperación al desarrollo tenga en ella misma todo lo que deba ser la creación de un nuevo mundo, ni mucho menos. Pero si lo que estamos diciendo, y creo que lo he señalado al principio, que en la propuesta del nuevo modelo -el que sea- tienen que incluirse necesariamente estos puntos centrales que desde la solidaridad y desde la búsqueda del desarrollo resultan incontestables. No se puede legitimar un modelo de desarrollo y, por lo tanto, no se puede legitimar una cooperación a ese modelo de desarrollo si ese modelo de desarrollo impide la equidad. El objetivo de la equidad como uno de los objetivos que deben conseguirse. Si no incluye el diálogo y la participación como eje de la misión política, porque si no hay diálogo y participación no se asegura que las personas participen en la definición de sus objetivos, habrá siempre imposición.

No puede legitimarse un modelo de desarrollo que no se plantee la consecución del bienestar de las personas. No del bienestar último, sino que se posibilite el bienestar de las personas. La reducción de la pobreza en ese sentido (del dólar/día) no garantiza el bienestar de las personas. El objetivo de hacer posible que las personas puedan avanzar es un objetivo de

base que debe partir del nuevo modelo. Y el reconocimiento de los derechos de las personas debe expresarse ciertamente en un catálogo de derechos, en algo que se debe llamar la *ciudadanía universal*. Si los derechos de las personas no son reconocidos, esas personas van a estar siempre al borde de que se pueda o no se pueda, pero si estamos pensando que eso realmente es el objetivo, se debe de plasmar en un código de responsabilidades y de obligaciones.

La revisión del concepto de pobreza, la revisión del concepto de bienestar, qué creemos que es el bienestar, qué es posible y deseable hoy en día en nuestra sociedad para el prójimo cercano y para el prójimo lejano. La creación, repito, de esa *ciudadanía*. No podemos hablar de una sociedad desarrollada, moderna y solidaria sin hablar de derecho. Estaremos siempre con la caridad.

Esto creo que podría llevarnos a plantear una serie de propuestas concretas. Digo simplemente que a lo mejor me he quedado un poco corto al plantear una cierta función muy destructiva de lo que es hoy la cooperación, y el plantear una alternativa de la que siempre podemos hablar porque sigo a un profesor que me gusta mucho lo que dice, Souza Santos, que dice: “es cierto, no presentamos el borrador de un nuevo orden, solamente mostramos que tal vez no es tan grave que se deshaga parte del actual orden existente, sobre todo para que se abra una ventana para dar la oportunidad en la que se pueda reinventar un compromiso en el que haya una emancipación auténtica, un compromiso que más que pretender ser un nuevo pensamiento iluminado de vanguardia sea un pensamiento en el que el sentido común pueda desarrollarse”. Construir esta utopía, una utopía tan pragmática como el sentido común, no es tampoco pedir demasiado. Lo que no quiere decir que sea una tarea fácil y esto es una tarea que no termina nunca. Pero la verdad es que si la paciencia de los conceptos es grande, la de la utopía es infinita y la del sentido común mucho más. Muchas gracias.